

La venganza de Jockbrund

Autor: Igest.

Mis agradecimientos a Garion por su ayuda para lograr que este relato sea tan bueno como es.

Escena 1

El sol calentaba ya desde hacía un par de horas y el mercado se encontraba ahora mismo en su apogeo. Los olores a cera de los vendedores de miel se mezclaban con el de los animales enjaulados que algunos campesinos de las aldeas cercanas venían a vender a la ciudad. El deambular de gente de un lado a otro era continuo: empujones se sucedían e incluso algunos pillos aprovechaban esta situación para ganarse el pan de cada día. En resumidas cuentas, el mercado era el centro de toda actividad en la ciudad. De la llovizna caída la noche anterior no se veía nada más que en algunos charcos que se habían formado en el pavimento irregular de la plaza, donde ahora se amontonaban los tenderetes de los mercaderes.

Multitud de personas se concentraban en tan reducido espacio, mezclándose gentes de todo tipo. Desde mujeres que se acercaban al mercado a realizar la compra diaria, hasta gentes de alta cuna, que no tenían más remedio que pasar a través de la plaza para llegar a sus lugares de recreo situados un par de calles más allá. Entre tanto alboroto y trasiego sería muy difícil distinguir la presencia de cualquiera y sólo alguien muy llamativo podría pasar por la plaza llamando la atención.

Grolegh se había acercado aquella mañana hasta la plaza para cerrar algunos negocios y, aunque no le agradaba mucho la idea, no le quedaba más remedio puesto que el lugar no lo había fijado él, sino ellos. Y acompañado por un matón de aproximadamente dos metros de altura y un montón de kilos de músculo se encaminó hasta "El Tabernero del Norte", lugar donde debería reunirse para cerrar el trato. Caminaba contento pues iba a conseguir un buen trato con el que lograría hacerse con el monopolio del grano en esta zona de la ciudad...y eso significaba beneficios y cualquier cosa que sonase a oro, lo cual era como melodía para Grolegh. Se adentró en la muchedumbre seguido del matón, que iba apartando a los hombres que se interponían en su camino como si fuesen matojos de hierba azotados por el fuerte viento del norte.

Rápidamente el comerciante logró abrirse paso hasta el lugar de reunión. Alguien le observaba entre toda la gente, una figura embozada en una capa verde que se movía rápidamente a su izquierda sólo unos metros más atrás, con la mano apoyada en el puño de la espada en actitud amenazadora. El matón se percató, pues un niño empezó a gritar que había visto a un hombre sacando una espada pero, cuando se giró con la intención de utilizar su porra, la figura había desaparecido y únicamente había un corro en mitad del cual se encontraba el niño gritando, hasta que su madre apareció corriendo y se lo llevó a rastras. Grolegh no se había inmutado ante el acontecimiento; estaba completamente absorto pensando en el negocio que estaba a punto de cerrar, así que se limitó a hacer un gesto de aprobación al matón y una indicación para instarle a seguir por su camino sin más demora. Sin más demora los dos hombres siguieron andando hasta llegar al edificio en el cual les esperaban.

Escena 2

Se sentó en una mesa apartada del salón y dejó su mochila a un lado, apoyando la espada encima de la silla que quedaba libre a su derecha. Su rostro reflejaba un gran cansancio y una gota de sudor se deslizaba desde su frente, descendiendo hasta su cicatriz en el pómulo derecho. No era reciente, aunque le dolía como el primer día. Ya hacía dos años que tenía que convivir con aquella cicatriz fruto de un encuentro con dos hombres bestia en mitad del bosque, mitad salvadores mitad verdugos.

Había sido capturado por unos bandidos junto a su madre, y se encontraban en mitad del bosque, esperando a que su padre se decidiese a pagar la cantidad que los bandidos exigían por su rescate. La noche había llegado pronto y los fuegos se fueron encendiendo uno a uno para dar cobijo al campamento. Acababan de cenar - si un trozo de pan mohoso y una vianda con algo parecido a estofado se puede llamar cena - y fue en ese instante cuando aparecieron.

Al principio no podía decir cuantos eran, pero tras un instante fue capaz de divisar siete figuras, que aprovechando la sorpresa habían acabado con más de la mitad de los captores. Jockbrund estaba atado y amordazado junto a su madre lejos del círculo del campamento donde se desarrollaba la brutal matanza, y por suerte para ellos los atacantes estarían distraídos al menos un rato más mientras acababan con el resto de bandidos. Jockbrund sabía que no tenían otra alternativa que intentar escapar...y ahora era el momento. El guardia que había permanecido en todo momento junto a ellos se había unido a la refriega en un intento fútil de ayudar a sus compañeros, ya su vida fue sesgada por un hacha que se incrustó en su costado, haciendo que su cuerpo se desequilibrara del dolor y muriendo un segundo después cuando una de aquellas terribles criaturas se lanzó sobre el y le arrancó la cabeza con sus garras.

La adrenalina recorría el cuerpo de Jockbrund e intentaba actuar lo más rápido que podía intentando zafarse de las cuerdas que le aprisionaban. Sus dedos eran ágiles y bastante diestros, por lo que a pesar de los nervios de la situación logro liberarse de las cuerdas. Inmediatamente se acercó hasta donde estaba su madre y comenzó a liberarla. Miraba fijamente su rostro, intentando calmarla con su mirada, pero el terror había invadido su cuerpo y se agitaba violentamente ante los fuertes temblores de los que era víctima. Ya había soltado las cuerdas de los pies cuando Jockbrund percibió en los ojos de su madre un brillo que le avisó del golpe que se dirigía contra él.

Se movió rápido y pudo esquivar el primer golpe, pero la brusquedad del movimiento unido a la oscuridad y el irregular terreno hizo que tropezara y cayera de bruces al suelo. La bestia se lanzó sobre él, trazando arcos mortales con su hacha sanguinolenta. Ninguno lo alcanzó ya que Jockbrund, dando muestra de sus extraordinarios reflejos, los evitó uno tras otro. La bestia rezumaba un olor pestilente y echaba espuma por la boca, dando muestras de su salvajismo inhumano. Pero no era momento de pensar, Jockbrund se encontraba en una posición poco ventajosa y no tenía nada con que defenderse. Empezó a tantear el suelo tras haberse zafado momentáneamente del hombre bestia con un empujón y logrando que perdiera su hacha por la repentina embestida del joven. Pero sólo tenía unos segundos ya que el hombre bestia ya cargaba contra él con sus enormes garras. La bestia pegó un salto y se puso a horcajadas sobre Jockbrund dirigiendo un mordisco a su brazo. Jockbrund fue más rápido y con una piedra que acababa de encontrar le asestó un golpe al hocico de la bestia.

El golpe habría dejado inconsciente a cualquier humano, pero lo que tenía encima no lo era en absoluto, por lo que la bestia simplemente quedó algo aturdida. De nuevo el hombre bestia volvió a lanzar zarpazos hacia el torso de Jockbrund desgarrando el justillo de cuero que llevaba. Un nuevo zarpazo dirigido esta vez a su rostro a punto estuvo de dejarle sin ojo. Logró esquivarlo, pero el rápido movimiento de cuello que había impedido que le dejaran tuerto no evitó que la garra le

hiriera en el pómulo. Jockbrund agarró un puñado de arena del suelo y la lanzó a la cara de la bestia, cegándola por un instante; lo cual aprovechó para ponerse en pie.

Pero la situación no había mejorado. Entre tanto luchaba con aquel hombre bestia, el resto habían acabado con todos los bandidos, y pudo ver como estos celebraban su victoria levantando los cadáveres de sus víctimas, rotos y desfigurados. Otros dos hombres bestia habían abandonado el combate principal y ahora se dirigían hacia donde se encontraba él y su madre. No lo pensó dos veces. Sabía que no había otra alternativa; y dando la vuelta echo a correr al interior del bosque. No oyó ni un solo grito, pero sabía que su madre sería víctima de aquellas horribles bestias y que su muerte no sería tan rápida como le gustaría. Sin embargo apartó estos pensamientos de su mente, pues ahora lo único que importaba era escapar. Concentrar sus fuerzas en correr más rápido que sus perseguidores era lo más importante en este momento.

Escena 3

Salió frotándose las manos, y en su rostro una expresión de felicidad reflejaba el resultado de la negociación. Había logrado su objetivo y ahora Grolegh controlaba el negocio de grano en la zona, lo que incrementaría sus riquezas del mismo modo que la envidia entre sus competidores, estaba seguro de ello. Grolegh estaba teniendo mucho éxito y sus habilidades como negociador le estaban facilitando enormemente las cosas, de manera tal que en poco tiempo había conseguido establecer varios acuerdos con los principales gremios de la ciudad para evitar gran parte de los pagos de impuestos a los cuales debería hacer frente en situaciones normales. Se seco el sudor de la frente con un pañuelo de seda rojo y a continuación hizo una señal al matón para que se acercase.

- *"Ten el ojo bien abierto ahora, ..., no creo que suceda nada, pero por si acaso estate atento."* El rostro de Grolegh reflejaba la preocupación de quien se sabe amenazado...no sería raro que quisieran deshacer de él.

El guardaespaldas hizo un gesto de afirmación y acto seguido comenzó la marcha de nuevo hacia la mansión, adelantándose a su patrón unos pasos.

Escena 4

Ahora la plaza ya no estaba tan llena y poco a poco iba vaciando, pues la hora del almuerzo estaba cercana y aquellos comerciantes que no habían recogido ya sus puestos estaban cerrando las últimas ventas para recoger. Jockbrund salió de nuevo a la plaza, tomando una bocanada de aire y estirando sus brazos. Su espada se apoyaba en su costado izquierdo y de su brazo derecho el resto de su equipaje -que ciertamente no era mucho-. Empezó a caminar entre los últimos puestos que quedaban con la mirada perdida en el vacío, perdido en sus reflexiones. Un claro sentimiento de angustia le invadía pues ahora que había llegado el momento dudaba de su empresa. Después de todo él no sabía verdaderamente si su padre no había intentado hacer algo por ayudarlo a él y a su madre, puesto que no había vuelto a hablar con él desde que fue capturado por los bandidos. Y si embargo en su corazón algo le decía que debía actuar y vengar la muerte de su madre. Pensaba que los culpables no sólo eran los hombres bestia que la asesinaron, sino que su padre también tenía su parte de culpa al no haberles liberado a tiempo. ¡Tan solo eran unas monedas de oro lo que debía pagar! Los recuerdos volvían a la mente de Jockbrund y un sentimiento de ira hacia su padre surgía en su interior, impulsando sus movimientos en dirección a la casa donde había pasado su niñez y donde su padre aún vivía.

Escena 5

A cada paso el nerviosismo de Grolegh iba en aumento. No había sido consciente hasta que hubo finalizado la reunión de las posibles amenazas a las cuales se exponía. Si sus rivales querían acabar con él ahora podría ser un buen momento, ciertamente debía haber traído consigo un par de matones más. Después de un buen rato caminando llegaron a la calle donde vivía el mercader. Estaba extrañamente silenciosa y parecía no haber vida en las casas circundantes. No es que hubiese mucho bullicio cualquier otro día, pero los nervios estaban haciendo mella en la mente de Grolegh y sentía que a cada paso el peligro aumentaba. Tironeó del brazo del matón al tiempo que echaba hacia atrás su capa para dejar al descubierto su arma, de forma que si tenía que recurrir a ella no se viera entorpecido. Los dos hombres avanzaron cautelosamente y a cada paso a Grolegh le parecía escuchar el sonido de varios hombres acercándose y que intentarían acabar con su vida. Pero ningún hombre se cruzó en su camino y los dos llegaron a la casa del mercader sin ningún percance. Grolegh soltó un par de monedas al matón y le dijo que volviese la semana siguiente para cobrar el resto de lo prometido. Dicho esto se metió en su casa dando un portazo tras de sí.

Las preocupaciones se habían marchado de su rostro, y su cuerpo se relajó después de la tensión sufrida en el camino de regreso. Grolegh dejó su capa en la entrada y se dirigió a su salón, quería sentarse un rato y tomar uno de sus licores delante de su chimenea mientras llegaba la hora de comer. Fue entonces cuando reparó en que Erika no había acudido a recibirle para ver que es lo que quería. "Cada día está peor el servicio" - pensó Grolegh para sí mismo -. Sin preocuparse más por el asunto se dirigió a su salón; ya ajustaría cuentas con Erika y seguro que una buena azotaina le haría ser un poco más respetuosa y atenta.

El salón estaba adornado con pieles en el suelo y con varios cuadros de algunos de los artistas más importantes de Altdorf que Grolegh había adquirido recientemente a cambio de algunos favores. Había fuego encendido en la chimenea y una figura se encontraba agachada junto a esta, observando el fuego, absorto. Grolegh vio al hombre, y su sorpresa al ver el rostro que tenía frente a él no pudo ser mayor. Se trataba de su hijo, al cual daba por muerto.

- *"Si padre soy yo, puedes cerrar la boca, no soy un espíritu ni nada por el estilo."*

- *"Pero si..."* Grolegh se había quedado de piedra y apenas podía pronunciar palabra alguna. Sus manos estaban sudorosas y todos los pelos de su cogote se habían erizado al mismo tiempo. La sombra se cernía sobre él y no podía moverse ni tan siquiera un paso.

- *"Si"* - continuó Jockbrund - *"Sigo vivo, y veo, por tu expresión, que tú no te has preocupado por encontrarme en todo este tiempo."*

Grolegh estaba cada vez más nervioso y su pie izquierdo le traicionó haciendo que se trastabillase y cayese al suelo. No intentó levantarse y ni tan siquiera levantó la cabeza; el peso de aquella situación era algo a lo que nunca se podría enfrentar. Y ahora allí estaba su hijo al cual había dado por muerto. Y sabía a que había venido su hijo. Y estaba en clara desventaja en este preciso momento. Sabía de sobra que si gritaba para pedir ayuda, probablemente nadie llegase y en caso de ser así sería demasiado tarde. Grolegh amaba demasiado su propia vida como para arriesgarla de esa manera, tenía que pensar algo y rápido...

- *"Pensé que nunca te volvería a ver..."* - mascullo Grolegh, aunque apenas si se le podía oír a causa de los nervios que le atenazaban casi completamente... *"Yo..."* - se aclaró la voz carraspeando - *"hice todo lo posible por rescataros."*

- *"Mentira"* - Jockbrund que permanecía atento a las palabras de su padre, se había sentido ofendido por estas. Echó mano de su espada, acercándose a la figura de su padre arrodillado en el suelo y poniéndosela en el cuello. "Mira esto".

Jockbrund hizo un leve movimiento de la espada para que su padre levantase la cabeza y mirase su mano derecha que mostraba únicamente cuatro dedos. En el rostro de su padre no había cabida para el remordimiento y menos aún para la compasión; y de no haberse encontrado en clara situación de desventaja, simplemente se hubiese reído de aquella mano con cuatro dedos. Pero ahora sabía que no podía actuar así, sólo tenía una posibilidad: intentar hacer que su hijo bajase la guardia para entonces cortarle el cuello. Con esta idea en la cabeza, comenzó a hablar de nuevo.

- *"Parece una antigua herida, de guerra diría yo, pero la expresión de tu rostro me dice que no es algo tan cotidiano como..."* - no pudo acabar la frase.

- *"¡¡Una herida de guerra!!"* - Jockbrund estaba realmente enfadado, y apretó un poco más la espada contra el cuello de su padre, haciendo que brotara un hilo de sangre. *"Estoy seguro que si piensas un poco mejor recordarás como me hice esto"*.

- *"Piensa que estoy viejo y mi cabeza ya no es lo que era, ¿o acaso no ves el paso de los inviernos en mi rostro?"*

- *"Demasiados inviernos has vivido ya"* - respondió Jockbrund, que a continuación se giró sobre sus pies y se dirigió hacia la chimenea donde se encontraba en el momento en que su padre había entrado.

Era el instante que Grolegh había estado esperando, sabía que no tendría muchas oportunidades, pero de todas maneras era lo mejor que tenía. Su movimiento fue muy rápido, demasiado para cualquier otro hombre de su edad, y con un salto se había puesto a solo un paso de su hijo. La daga salio del cinto y dirigió su punta hacia el omoplato izquierdo de Jockbrund en un movimiento de arriba hacia abajo.

El ruido de la daga al caer al suelo rompió el silencio de la sala. Grolegh se encontraba nuevamente arrodillado en el suelo, pero esta vez apoyado solo con una mano, pues la otra se la había cortado su hijo y estaba destrozada en el suelo. La sangre manaba a borbotones del muñón y Grolegh se preguntaba como había podido fallar, pues la daga llegó a tan solo unos centímetros de su objetivo, pero de pronto, se encontraba en el suelo con una mano cortada. Al parecer su hijo había aprendido algo durante todo este tiempo y ahora se lo había demostrado, aunque hubiese preferido que fuese en otras circunstancias. No obstante Grolegh cogió de nuevo la daga y revolviéndose como una lagartija se giró e intento asestar un nuevo tajo. Pero volvió a fallar, pues Jockbrund se aparto de la trayectoria de la daga con un giro de cintura para a continuación asestar un nuevo corte a su padre, esta vez en un costado.

Pero en lugar de caer al suelo y esperar su muerte, Grolegh entro en un estado de locura, que le impulsó nuevamente a atacar. Otro corte en el aire y una nueva herida, esta vez en el muslo. Por un instante se tambaleó y sus ojos parecieron perderse en la oscuridad, como si su fin hubiese llegado, pero nuevamente apareció en sus ojos ese impulso asesino que le llevaba a lanzar un ataque tras otro. A pesar de las heridas sufridas y de a perdida de sangre, Grolegh se lanzó con increíble velocidad e ímpetu, como si alguien dirigiese sus movimientos y su cuerpo simplemente obedeciese a esa misteriosa fuerza que lo impulsaría mientras resistiese en pie. Jockbrund se protegió de cada ataque con su espada, y aprovechó para asestar un puñetazo en la cara de su padre cuando este lanzó

otra estocada fallida. Nuevamente los dos hombres se encontraban cara a cara y fue entonces cuando Jockbrund pudo ver en los ojos de su padre un extraño brillo. Pero no tuvo tiempo para pensar más acerca de ello, pues ya estaba defendiéndose del nuevo asalto de su padre. Su padre atacaba con ansias pero no lo suficiente, pues Jockbrund era muy rápido y no tenía problemas para defenderse al tiempo que lanzaba su espada contra el cuerpo de su padre. Fue un minuto intenso, todos los músculos de su cuerpo estaban afilados como su espada, atentos para realizar cada uno de los giros.

El cuerpo de su padre tenía tantas heridas, que era casi una masa sanguinolenta, aunque aún así seguía en pie. Pese a parecer imposible, ahí estaba el cuerpo de su padre, destrozado pero en pie. Jockbrund había oído historias acerca del control de otras personas que algunos hechiceros podían llevar a cabo, pero nunca pensó que algo así pudiese ser cierto. Ahora estaba seguro que tenía que hacer algo, pues su padre, mejor dicho el cuerpo de su padre no cesaría en sus intentos de matarle a menos que él le detuviese. Con esto en su mente se lanzó hacia adelante con la espada sobre su cabeza y con la única intención de acabar con aquel enfrentamiento. Su movimiento fue tan rápido que su padre ni se movió, sus ojos habían perdido el brillo que anteriormente tenían y su cabeza cayó al suelo en mitad de un charco de sangre, tras lo cual su cuerpo también se desplomó.

Jockbrund observó la sala y pudo ver la dantesca escena, la sangre cubría todo a su alrededor y el cuerpo de su padre estaba en el suelo con la cabeza separada del resto. Ahora sabía que nuevamente aquel cuerpo era el de su padre y no estaba controlado por nadie; pero ya no le servía de nada, ya no podría decirle e increparle todo lo que había sufrido estos últimos tiempos por su culpa, ahora ya no servía de nada. Jockbrund recogió del suelo la daga de su padre y la guardó en un trapo. Limpió su espada con un trapo y la guardó a continuación en su vaina. Era el momento de marcharse pues le había parecido oír ruido fuera y no quería que le descubriesen en aquel lugar. Saltó por una ventana y desapareció por el patio de la casa.